



EL OTROMUNDO LITERARIO



Gisela D. Tadlock
California State College-Stanislaus

Siempre he añorado poder leer a mi antojo y por largo tiempo, así que durante mi reciente convalecencia leí infatigablemente. Parece ser que el gusto de la lectura se intensifica cuando leemos aquello que pide el espíritu en momentos especiales o cuando releemos algo que nos ha gustado mucho. En mi caso, desgraciadamente, poco tiempo duró esta idílica situación. Hacía ya meses que había solicitado un sabático y, cuando menos me lo esperaba, se me había concedido. . . . La responsabilidad de este premio académico se me fue infiltrando en la mente, en la sangre, en los huesos. . . . Con desasosiego pronto advertí que una tercera presencia había venido a interrumpir el deleite de mi lectura. Era una vocecilla infatigable que insistentemente me susurraba al oído: escribir o naufragar . . . escribir o naufragar. . . .

Esta noche me siento fatigada pero sigo trabajando. Terminé de leer *Don Quijote*, *Don Juan* y *La Celestina*. Cada ensayo de Maeztu me deleita, pero no dejé de pensar que tengo un sabático y debo escribir . . . escribir . . . escribir. . . .

De repente decidí levantarme y comencé a caminar. Llegué a una calle desierta de espesa niebla y me encuentro súbitamente frente a un portón con un enorme cartel que dice: Entrada al Otromundo Literario. "¡Qué curioso cartel!"--me dije--pero no me detuve sino empujé la puerta y entré. Anduve pasillos y salones hasta que llegué a una gran sala repleta de gente muy bien vestida. Después de observar detenidamente el salón y las personas allí reunidas, estimulé mi curiosidad advertir que, aunque de diferentes edades y condiciones, todas eran del sexo femenino. Entre esta bulliciosa multitud resaltaba la austera figura de una señora vestida con traje oscuro que se movía con autoridad: parloteaba, señalaba y daba órdenes. Me le acerqué y cortésmente le pregunté qué era lo que allí ocurría. Casi agradecida por mi pregunta me explicó con voz meliflua: "Yo soy Doña Perfecta y estoy a cargo de la organización de esta querrela literaria. En este auditorio es costumbre que comparezcan ante sus creaciones literarias los escritores que les dieron vida. Como hoy aparecen tres de los mejores literatos españoles, la audiencia es selecta y numerosa. Además--añadió

acercándose y misteriosamente bajando la voz y parpadeando--se rumora que existe gran descontento entre los personajes femeninos y se espera. . ." Desafortunadamente Doña Perfecta no pudo terminar su relación porque un ujier impecablemente vestido entró de pronto al escenario y con voz firme anunció a Don Miguel de Cervantes Saavedra. Esta insólita revelación me tomó tan de sorpresa que mi franca carcajada ofendió el respetuoso silencio que reinaba. La gente me volvió a ver sorprendida y entre hostiles murmullos de descontento me hicieron señas de que me callara. Este embarazoso incidente me hizo sentir incómoda, me ruboricé y comencé a buscar con la vista un lugar donde esconderme. Sin embargo, después de unos minutos de reflexión caí en la cuenta de que indudablemente estaba frente a una producción teatral. Como las tablas siempre me han fascinado, busqué asiento y me acomodé.

Todo el interés de la gente se había concentrado ahora en un hombre de mediana estatura, de gestos y ademanes tranquilos que entraba en el escenario y se sentaba en una silla que el ujier había colocado momentos antes en el palco de proscenio. Calma y silencio flotaban en el aire y se respiraba una atmósfera de quietud. De repente y no muy lejos de mi butaca, una joven vestida de blanco y de notable belleza se levantó con la intención de decir algo; asentó sus cabellos con la mano derecha y después de respirar muy hondo habló con voz firme: "Señor Don Miguel, yo soy Dorotea. Como a Ud. le habrán informado, a mí me corresponde iniciar la querrela de hoy. Con todo el respeto que le debo me permito hacerle el primer reclamo de esta velada." El padre literario de Dorotea inclinó levemente la cabeza en señal de asentimiento y con tranquilo semblante se dispuso a escuchar los cargos de su hija predilecta. Dorotea le achacaba a Don Miguel el haber creado a la mayor parte de sus protagonistas femeninas bellas y virtuosas, enfatizando belleza y virtud en menoscabo de su intelectualidad. Don Miguel, complaciente y provisto de toda humildad, le prometió hacer enmiendas en su próxima novela: tener buen cuidado de crear más feas que hermosas y redistribuir mejor las virtudes tanto del alma como del intelecto. Sin más que decir y satisfecha de las promesas paternas, Dorotea dio las gracias y se sentó. Inmediatamente el ujier preguntó si había en la audiencia otra creación cervantina dispuesta a confrontar a su creador. De inmediato otra joven, ni fea ni hermosa, ni mal ni bien vestida, se puso de pie y nos informó que se llamaba Aldonza Lorenzo o Dulcinea del Toboso, que no estaba segura.

Maravillada por lo que oía, traté con todas mis fuerzas de comprender. Admiraba la portentosa imaginación del dramaturgo; sin embargo, me inquietaba el conflicto que creía percibir. "Parece ser que al escritor de hoy día--me dije con recelo--se le va a juzgar responsable no sólo frente a sus lectores sino también frente a sus criaturas." Mientras yo hacía estas reflexiones, Don Miguel de Cervantes sonreía orgulloso con los ojos puestos en Dulcinea, como quien se siente sumamente satisfecho de su obra. No obstante la magnanimidad cervantina, la del Toboso parecía amedrentada e insegura. Pasaron varios minutos de penoso silencio. "Nunca me gustó mi esencia etérea"--exclamó por fin, la voz estremecida de emoción. "Hubiera preferido no ser el ideal del caballero andante y simplemente ser amada en forma más concreta. Yo no forjé mi destino; no hice mi esencia. Para encajar las locuras del Señor Quijada se me creó una doble personalidad: no soy ni dama ni labradora sino ambas. . . ."

Esta extraordinaria confesión me confirmó de inmediato que estaba, definitivamente, frente a una obra del teatro del absurdo. Mi admiración por el dramaturgo y mi interés en el desarrollo del drama aumentaban con cada escena. Enseguida mi atención se desplazó al autor de *Don Quijote* el cual comenzaba a dar señales de cansancio y no respondía. Con la mano en la quijada observaba fijamente a Dulcinea, azorado, perplejo. . . . La joven, por el contrario, se había calmado, como si su queja hubiera descargado un enorme peso de su alma. Después de una breve pausa y consciente del desconcierto de su padre literario, Dulcinea añadió que esta vez no esperaba ni respuesta ni solución alguna, que el reclamo en sí la hacía sentirse mejor. "Mi frustración ha durado siglos--dijo sin reparos--y no va a desvanecerse con promesas. Por lo tanto haré una segunda demanda después de un tiempo razonable y para entonces sí que espero enmiendas concretas." Acabados pues los reclamos de Dulcinea, nadie más se levantó por lo que Don Miguel abandonó la sala y el ujier anunció con toda pompa al Bachiller Fernando de Rojas.

Yo ya había entrado en el juego y me sentía como parte integrante del drama. Sabía que estaba frente a una pieza moderna de esas en las que la audiencia participa y, aunque no podía prever su desarrollo ni el rumbo de la acción, me encontraba sumergida y embriagada en el placer de lo ignoto. Pasaron varios minutos para que se iniciara el diálogo entre la confrontante y el confrontado. Esta vez el personaje quereloso era una vieja de manto opaco y ojillos punzantes cuya mirada se esforzaba por penetrar el semblante de su creador y el temple de la audiencia. Con voz rónca pero agradable afirmó que se llamaba Celestina. El Bachiller Rojas, que por desgracia no poseía la calma cervantina, confrontó a su criatura como reacio testigo, sin preocuparse siquiera en ocultar su aversión hacia el banquillo de los acusados. "Me encuentro deshonrada, sin empleo y en la miseria"--confesó sin preámbulos la alcahueta. "Mi profesión ha sido desplazada, mi prestigio se ha esfumado; y todo esto a causa de la liberación de las mujeres. . . ." La concurrencia estalló en carcajadas, chiflidos y aplausos, pero era obvio que toda esta algazara no le causaba gracia alguna al Bachiller Fernando de Rojas. "He venido frente a ustedes esta noche--prosiguió la audaz litigante--a pedir consejo y a demandar compensación." El Bachiller se puso de pie, lívido; los puños cerrados y el ceño fruncido eran testigos de su disgusto e indignación. Por fortuna su desáfuro no duró más que un minuto; el creador de Celestina se sentó en seguida, dejó caer la cabeza sobre su pecho y se puso a meditar. Cuando levantó los ojos y se enfrentó a la audiencia ya se había recobrado. "No quiero que exista disgusto o contienda entre mis criaturas--remarcó secamente--ni me gusta ser importunado. Por eso he decidido hacer pequeñas interpolaciones en la tragicomedia." Y acercándose a Celestina añadió en tono paternal: "Hija, tu profesión requiere cambios en los servicios que ofrece: hay que computizar la clientela, su educación, clase social, gustos e intereses. Decididamente tenemos que modernizar su carácter. Tú, Celestina, estarás a cargo de realizar discretas e íntimas presentaciones. . . ." Mientras el creador hablaba, la sonrisa de la vieja se extendía cada vez más al imaginar la ganancia de un establecimiento con tal sello de discreción y modernidad. Nadie más se levantó a querellar de manera que el Bachiller Rojas juzgó oportuno salir apresuradamente.

Varios minutos transcurrieron sin que apareciera el ujier. Todos estábamos a la expectativa porque recordábamos que quedaba un autor por querellar. De repente se abrió de golpe una de las puertas laterales y estalló increíble alboroto. Un grupo de mujeres visiblemente alteradas blandía carteles y gritaba. Casi no pude oír al ujier que anunciaba a Don José Zorrilla, mi atención puesta como estaba en leer los carteles que frente a mis ojos iban pasando: "Zorrilla, el Super Zorro," "A tal Pandrastro, tal Hijastro," "Don Juan, Chovinista Sin Par," y aún más iban llegando que me era imposible leer. Los rostros de las recién llegadas, descompuestos por la cólera, revelaban la profunda y milenaria humillación por tantos años reprimida. La agresividad del ambiente era contagiosa. La concurrencia que hasta entonces había permanecido relativamente pasiva, se levantó y se inmergió al sentimiento de hondo rencor de las amotinadas. Y como si un invisible conductor hubiera dado señal de iniciar un canto guerrero, las mujeres gritaron al unísono: "¡Que muera Zorrilla con su Don Juan!" Todo este barullo encerraba tal tono de amenaza y parecía tan serio que me atemoriqué. Con sorprendente rapidez, seis mujeres acaudilladas por una Doña Ana de Pantoja subieron al escenario un descomunal cartel que en letras muy grandes decía: "Nos basta una hora para denunciarte, otra para condenarte, y otra para ejecutarte."

Una joven en hábito de novicia anunció que se llamaba Doña Inés de Ulloa y que tendría la satisfacción de leer el dictamen final: "Te condenamos Zorrilla--declaró implacable--a un destierro literario. Se te prohíbe terminantemente tomar pluma o papel por toda la Eternidad." Las mujeres aplaudieron estrepitosamente con fiera alegría. El cuerpo encorvado del pobre dramaturgo, perchado en su silla, ni siquiera se movió al escuchar la sentencia; con labios temblorosos quiso hablar pero no pudo. Entonces Doña Perfecta aprovechó la oportunidad para plantarse frente al fulminado Zorrilla tirándole de la manga para conseguir su atención: "Quiero que sepa señor dramaturgo--profirió con voz altanera--que al presente escribo una crítica sobre la calidad dramática de *Don Juan Tenorio*, en donde afirmo que el yerro más grande de su drama consiste en no haberme incluido a mí entre sus personajes femeninos. De haberlo hecho, fuera Ud. el creador de una protagonista incorruptible que jamás le hubiera permitido caer en el disparate de salvar a Don Juan." Don José permanecía mudo, la mirada extraviada, el cuerpo flácido. . . . Entonces el ujier, intimidado por la furia femenina, entró cautelosamente al proscenio y a toda prisa se llevó del brazo al creador de Don Juan. Con esto la querrela se dio por terminada, de manera que la audiencia se dispersó. Yo me levanté de mi butaca tan desconcertada que me costó varios minutos encontrar la salida.

Al entrar de nuevo en la niebla de la calle, hice un sincero voto de jamás escribir ficción y menos de crear personajes de carne y hueso capaces de perseguirme aún en el otro mundo y turbar así un descanso honrosamente ganado y merecido.

Escribir. . . escribir. . . no, escribir no--grité alarmada. El recuerdo de mi sabático, sumergido durante el sueño, flotó de nuevo y vino a inquietar mi ya despierta memoria. Pero, a Dios gracias, mi pluma seguía en mi mesa de noche, encima de impecable papel blanco. . . .

